



Tres fechas cervantinas

José Rogerio Sánchez

Es ya un hecho innegable que España ha sabido responder en este IV centenario del nacimiento de Cervantes con digna conmemoración de la cual las solemnidades celebradas son como el inicio de lo que podremos ver en gran parte realizado en octubre de 1948. La apertura de la Asamblea Internacional de la Lengua Hispánica y los actos a ella anejos, muchos hemos tenido la suerte de presenciarlos en todo su esplendor, y los que tal no pudieron, han logrado amplias noticias que muchas veces, aun habiendo de ser pálido reflejo de la realidad, bastaban a testimoniar que, por esta vez, nuestra Patria ha tomado en serio la significación del centenario cervantino.

Aparte las sesiones suntuosas, los discursos protocolarios, algunos como los del Presidente de la Real Academia Española y del Sr. Ministro de Educación Nacional, con positivos valores de fondo y forma, que trascienden de lo ocasional para dejar marcadas rutas al pensamiento y a la actividad en orden a la tarea cervantina; la cooperación casi unánime de ciudades, instituciones docentes y literarias, la Prensa y otras modalidades de la labor

intelectual, salvando fronteras académicas; todo ello es indudable que ha hecho llegar hasta las multitudes la emoción de cuanto es y significa en la cultura universal nuestro primer autor literario. La incorporación de hispanistas extranjeros; la caldeada colaboración de los pueblos de habla hispana; los programas de trabajo aceptados como guión de la labor cervantina, tan acertadamente inaugurada, como marca un momento de verdadera trascendencia, pues ello se orienta hacia fines útiles y permanentes lo que en otras ocasiones solía quedar en fastuosidades más o menos aparatosas, cuyo recuerdo dura poco más que el eco de los discursos elocuentes y los brillos de las iluminaciones y bengalas.

El dibujo, la pintura, el cinematógrafo, el teatro, se han puesto al servicio del propósito anhelado; reimpressiones de las obras cervantinas copiosas, discretamente comentadas con guiones aclaratorios y editados con primor; la empresa del atlas lingüístico español, la formación del vocabulario cervantino, la ingente tarea del diccionario de las hablas hispánicas, el estudio de la sintaxis de nuestro idioma son acuerdos puestos en marcha, si bien la realización más o menos inmediata de unos y de otros ha de estar condicionada a la magnitud del empeño.

En esta emoción hispánica tan viva y genuinamente sentida, este que os habla no puede menos de detenerse a considerar por unos momentos ante vosotros la parte que a los Institutos de Enseñanza Media españoles ha correspondido, hasta ser ellos en bastantes ocasiones los que en nuestras ciudades españolas han llevado la voz conmemorativa del centenario. Otras veces, en colaboración con Universidades, Círculos literarios y entidades oficiales o particulares han tomado a su cargo lo que les era encomendado, y no pocos de los ilustres profesores de nuestros Institutos han recibido la honrosa y delicada misión de las ediciones críticas que del teatro, de las novelas, de la poesía cervantina han de ver la luz como definitivos y depurados textos. No faltarán tampoco frutos de modernas investigaciones con que nuestros compañeros ilustrarán puntos oscuros de la vida de Miguel de Cervantes, empeño al cual otros perspicaces investigadores se encuentran también entregados.

Al aceptar vuestra honrosa invitación, pensé en cuál pudiera ser tema interesante que yo trajese ante vosotros glosando, bien la personalidad de Cervantes, bien algún episodio de su poco descansada vida, bien parte de algún texto cervantino. Vano empeño era presentar alguna novedad con mi intervención, si con propósitos eruditos os había de hablar. Todo lo que al momento de ahora conocemos de Cervantes está suficientemente generalizado entre los profesores y aun entre los aficionados; lo que pueda añadirse a esto está a punto de florecer tras penosos cultivos y no era cosa de revelaciones prematuras. Ante estas consideraciones, acerté a mirar a mí mismo y lo que me era posible hacer con cierta autoridad, dada la posición personal en la que el trascurso de no pocos años me ha situado, hasta poder en cierto modo ufanarse de ser, en los momentos actuales, como un testimonio vivo aún de lo que a la cultura española en sus manifestaciones más vitales han contribuido los profesores de segunda enseñanza, en cuyo escalafón activo he figurado cerca de medio siglo. Sólo a este período quiero referirme y aun dentro de él me he de concretar a las tres fechas cervantinas en que, de una manera o de otra, yo he tomado parte o secundado tareas de mis compañeros: *Centenario de la publicación de la primera parte del Quijote* (1905), *Centenario de la muerte de Cervantes* (1916) y *Centenario de su nacimiento*, que estamos celebrando en este bienio de 1947 a 1948.

Es de justicia empezar por recordar aquí que una de las más notables ediciones críticas del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, comenzada a publicar el año 1905, es debida al catedrático de Lengua y Literatura Española (entonces de Preceptiva Literaria) D. Clemente Cortejón, del Instituto de Barcelona. Se editó por Victoriano Suárez en seis volúmenes y fue terminada por los señores Givanel y Suñé.

Por las mismas fechas los catedráticos de Instituto D. Julián Apráiz, en Vitoria; D. Vicente Calatayud y Bonmatí, en Valencia; D. Lorenzo Cruz de Fuentes, en Huelva; D. Vicente Ferraz y Turmo, en Guipúzcoa; D. Manuel Lassala, en Castellón; D. Acisclo Muñiz, en Oviedo; D. Manuel Arévalo, en Cuenca; D. José Pérez Ballesteros, en La Coruña; D. Eulogio Serdán, en Vitoria y el que ahora os habla en Santander, con otros muchos que forman

larga lista, sostuvieron la digna representación de los Institutos de Segunda Enseñanza con motivo del III Centenario de la publicación de la primera parte del Quijote.

Pero en estas fechas tres figuras representativas de la devoción a Cervantes dieron frutos de primera categoría: me refiero a D. Julio Cejador y Frauca, por aquellos días catedrático del Instituto de Palencia y autor de la obra *La Lengua de Cervantes: gramática y diccionario* (1905 a 1906); D. Julián Apráiz en su interesantísimo *Juicio de la Tía fingida* y edición crítica de esta novela, trabajo al que hay que añadir como emocional tributo del vascongado Sr. Apráiz su *Don Quijote traducido a la lengua vasca*, en el cual los más interesantes pasajes fueron vertido al éuskaro; y por último, al insigne Francisco Navarro Ledesma, catedrático del Instituto de San Isidro y autor del *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, libro del cual quiero hacer el objeto principal de mi charla ante vosotros, por ser él, a mi juicio, uno de los que aun habiendo logrado éxito felicísimo en sus ediciones de 1905 y en la de 1915, muerto ya su autor, no ha sido tenido en la cuenta que merece por muchas y muy diversas razones que luego se expondrán.

Cuando llegó el centenario tercero de la muerte de Cervantes, ya estaba en la plenitud de su benemérita vida de investigador nuestro compañero el catedrático de Literatura de Valladolid Narciso Alonso Cortés, y en tal fecha dio a la estampa la estimabilísima edición de *El Licenciado Vidriera*, con prólogo y notas; *Casos cervantinos que tocan a Valladolid*, impreso en Madrid en Casa de Fortanet, 1916; y a esto siguió la ya entonces preparada, *Cervantes en Valladolid*. Don Julio Cejador publicó en Madrid, 1916, *Miguel de Cervantes* (biografía, bibliografía, crítica); D. Joaquín López Barrena dio a la imprenta un bello libro que circuló mucho desde su publicación en Madrid (imprensa de Hijos de Gómez Fuentenebro, 1916): *Cervantes y su época* tituló este catedrático la sencilla y amena biografía cervantina que logró general aplauso. La mayor parte de los profesores antes mencionados y otros nuevos intervinieron con estudios, artículos críticos, nuevas investigaciones y comentarios a la evocación cervantina, y puede decirse que fue aquella época la de más vivas discusiones entre los profesores de Literatura de nuestros Institutos, sobre la

conveniencia o dificultades que pudiera presentar la lectura del *Quijote* para los niños de las escuelas primarias y la exigencia, patrocinada por nuestro Navarro Ledesma, de que el texto sobre el cual habían de leer y de donde se había de dictar para los ingresados en el Bachillerato, fuera precisamente el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote*.

Y llegamos a los días actuales que todos presenciamos, en los que por tantas razones, y no la menos decisiva, la afirmación ante el mundo de lo que significa y ha de significar en la historia de la *hispanidad*, hemos hecho de la áurea fecha de 1547 el punto central de la revisión de nuestros valores literarios, encarnados como en ninguna otra figura en la del insigne Manco de Lepanto.

En este gran desfile de personalidades, que se han entregado con afán a llevar por todas partes la voz de los comunes anhelos y de los altos propósitos, no podían faltar los profesores de nuestros Institutos y no sólo no han faltado sino que muchas veces, con sacrificios y esfuerzos no regateados, han sido los que corporativamente en las diversas provincias españolas o individualmente, desplazándose hacia donde se les requería, vienen sosteniendo la misión que desde luego no pueden reputar ajena. Séame permitido, al recordar ahora algunos de los hombres de mayor relieve en esta gran campaña cervantina de 1947, hacer notar que por los Institutos de Segunda Enseñanza pasaron y en ellos fueron ilustres profesores los que hoy lo son universitarios: Francisco Sánchez Castañer, Rafael Balbín, Alonso Zamora, Joaquín de Entrambasaguas, Emilio Orozco, Emilio Alarcos, Ángel Valbuena, todos ellos en primera línea, en la que forma parte el académico y veterano Narciso Alonso Cortés, el gran poeta Gerardo Diego, el investigador y crítico Eduardo Juliá, el catedrático de San Isidro Juan Tamayo, justa autoridad en la crítica literaria, todos ellos movilizados en la gran tarea.

Pero vamos a lo que os he anunciado como asunto central de mi conferencia: la evocación de uno de los escritores españoles que acertó a entender toda la grandeza *humana* de la figura de Miguel de Cervantes Saavedra, rompiendo de una vez con interpretaciones sectarias, casuísticas o

necias, precisamente en días en que las exégesis acerca de las intenciones que Cervantes se propusiera, habían vuelto a tener actualidad. Feliz acierto fue el de nuestro predecesor al acometer contra tanta insensatez o trivialidad, empleando su excepcional talento en componer la biografía novelada que rotuló con el siguiente feliz título: *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, publicado en Madrid en el año 1905, por la Imprenta Alemana, y vendido en la Casa de Perlado, Páez y Compañía, sucesores de Hernando.

La misma portada con el exlibris que Navarro Ledesma aceptó nos da ya clara idea de la posición crítica y estética de Navarro en los días de su madurez intelectual, que fueron bien prematuros y demasiado breves. En un dibujo de Arijá campea en un bosque, al nacer el sol, un cautivo que con argolla al pie está sujeto a un árbol. Maneja un hacha y con ella va golpeando el robusto tronco; acaso la noche pasada pudo favorecer su intento y, ya al alba, es bien poco lo que ha de trabajar para que el árbol caiga y la libertad sea lograda. IN LABORE LIBERTAS es la leyenda del exlibris, y bien puede decirse que en esas palabras está contenida la esencia característica de Navarro Ledesma.

Nacido cuando ya el romanticismo había dado de sí cuanto en él hubo de hervor pasional, y se sedimentaba lo que él había de dejar como permanente elemento estético, entra Navarro en el campo literario e histórico, bajo la influencia positivista, y hay en él un ferviente admirador del historicismo de Taine, pero, por fortuna, cae pronto en el círculo de los discípulos admiradores de D. Marcelino Menéndez Pelayo, y las enseñanzas del insigne maestro, todas ellas agudeza, serenidad, equilibrio, que no merman el ímpetu de su posición de descubridor del acervo intelectual español, hacen profunda huella en el pensamiento de Navarro, le iluminan y aquel su lema «en el trabajo libertad» adquiere su verdadero significado. En efecto, fue al trabajo con decisión, hasta pudiéramos decir que se esclavizó a él, pero en este trabajar, rudo y diario logró una amplia libertad espiritual por la cual llegó en los mismos días en que Gánivet y Unamuno empezaban a bucear en el alma tradicional, a sentir ésta como aliento de su propio vivir, y los destino de España como el hito de todas las ambiciones de su alma generosa.

Pero estas frases cálidas que se han escapado de la boca de quien por muy breve tiempo le conoció, bastante, sin embargo para admirarle, deben dejar paso a ciertas notas, diríamos documentales, que es preciso consignar aquí.

Francisco Navarro Ledesma nació en Toledo en 1869 y murió en Madrid en 1905, precisamente a los pocos meses de haber publicado *El ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, tributo de amor y de exaltación a la vida del autor del *Quijote*; libro en el cual, verdad y poesía se fusionan felicísimamente, partiendo, por un lado, de la documentación que hasta aquella fecha atestigua la exactitud del relato a la verosimilitud del comentario imaginativo y sentimental y, por otro, fruto directo de la inspiración del propio Navarro Ledesma, que en visión dramática nos da, no sólo la figura de su protagonista sino el animado cuadro de la vida española de aquel entonces: escolar, trashumante, aventurera, conquistadora y misionera y, por fin, meditativa y desilusionada para los que preveían la puesta del sol que pareció no pudiera tener ocaso.

Cuando la biografía no era el frívolo entretenimiento en que hoy tantas veces la vemos degenerar; cuando no era ella aliciente para resolver indiscretamente en vidas de aventureras, de bandoleros, de vesánicos, ya el talento prócer de Navarro había encontrado en la humana y ejemplar vida de Miguel de Cervantes cuanto era suficiente para atraer la atención del profesor del Instituto de San Isidro, sobre el que cayó un olvido que acusará siempre al primer tercio del siglo actual de haber pecado contra alguno de aquellos valores que, al desaparecer de la vida, no han podido fácilmente ser sustituidos. Tal es el caso con respecto a Navarro y Ledesma, sin disputa uno de los escritores españoles de más valía en los finales del siglo XIX y principios del XX, tan cuajado de figuras insignes hacia las cuales vamos hoy volviendo la vista.

La juventud de Navarro Ledesma en Toledo y en Madrid fue tan extraordinariamente aprovechada, que para las fechas del 25 del mes de abril del año 1905, en que dio a la publicidad su libro cervantino, a nadie ello pudo sorprender, pues para ésta y para otras empresas estaba preparado con un

asombroso caudal de conocimientos logrados en breves días. Entonces ya gozaba de fama y renombre conquistados como escritor ingenioso, cuya sátira aguda podemos gustar aún si hojeamos la colección de aquel inolvidable periódico humorístico *Gedeón*, florete diestramente manejado con gracia señorial por aquellos que se llamaron Royo, Gabaldón, Palomero y Roure; en las revistas coetáneas, *La Lectura*, *Revista Moderna*, *Helios*, *Blanco y Negro*, *Nuestro tiempo*, *Nuevo Mundo*, *Ilustración Española*, *Revista de Archivos*, etc., y en los diarios, singularmente *El Globo* y *El Imparcial*, en aquellos tiempos dirigido por el gran escritor y periodista D. José Ortega Munilla.

Cuando Navarro puso pie en tales palenques literarios, no fue ciertamente con osadía de improvisación, ni ímpetu de advenedizo; su formación clásica era perfecta: hablaba y escribía el latín correctamente; le era familiar el griego y como comprobación de su dominio de las lenguas vivas, quédannos sus traducciones de La Canción de Roldán, del Petrarca, del Shakespeare y de otros poetas europeos, culminando la realidad de su valer en las memorables oposiciones a la cátedra de Literatura del Instituto de San Isidro de Madrid, magisterio que apenas duró cinco años, pues la muerte cortó aquella vida recién cumplidos los treinta y seis de edad.

Sea permitido traer ante vosotros el recuerdo de aquellas oposiciones, comenzadas precisamente en el año postrero del pasado siglo. Tres eran las cátedras que habían de proveerse por oposición libre: Madrid, Badajoz y Teruel. Ochenta fueron los que firmaron como aspirante; cuarenta y ocho los que actuaron en aquellos ejercicios; veintidós los que lograros figurar en la lista definitiva de aprobados en las oposiciones. Fueron catedráticos Francisco Navarro Ledesma con el número uno; brillante, erudito, agudo, fuerte y sereno. Ocuparon las otras dos cátedras Julio Nombela y Campos, ilustre maestro también prematuramente perdido, y el poeta Manuel de Sandoval y Cútoli, a quien todos habéis conocido. ¡Cómo admiraba yo, en cada ejercicio que realizaba, a aquel opositor en la treintena de su vida, un poco tosco en la apariencia, no muy gentil en sus andares, un algo desmañado ante la pulcritud y atuendo que entonces era corriente entre los opositores! Pues bien, aquel hombre, para mis veintiún años recién cumplidos, un tanto atlético en su

estructura mental y en su arquitectura corpórea, jamás pedanteó en el transcurso de sus ejercicios, y a menudo mostraba complacencia en tratar con los más jóvenes y alentarlos cuando sus actuaciones le parecían discretas.

Compartió la cátedra Navarro con sus múltiples trabajos periodísticos y literarios, con su frecuente correspondencia con los escritores de su tiempo, con sus disputas con Clarín y sus desdenes (en esto no fue justo) hacia la Pardo Bazán.

Fruto ya de los años en mejor sazón fue la poética vida de Cervantes. Téngase en cuenta que no para investigadores y eruditos escribió Navarro, sino que de ellos se aprovechó, sabiendo dar vida a los fríos e impasibles documentos.

Ya él lo advierte así en el breve proemio, en el cual apunta que aquellas páginas son clima de amor a la Patria y al ingenio inmortal capaz de abrir fronteras que el tiempo no clausuró. «El poema de la vida de Cervantes, dice, requería ser cantado por un gran poeta y no descrito por un pobre gacetero. Verdad y poesía pudieran llamarse estas narraciones, si de la verdad descubierta por tantos pacientes y beneméritos investigadores como en estos últimos tiempos han estudiado la vida de Cervantes, me hubiera sido asequible sacar la poesía que de los documentos brota y en los hechos resplandece...».

Y a fe que el autor del *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes* logra esa obra de verdad y poesía que él ambicionaba. Sobre las historias cervantinas que hasta entonces conservaban crédito, y sobre las nuevas investigaciones que habían logrado. D. Cristóbal Pérez pastor, D. Julián Apráiz, D. Francisco Rodríguez Marín y otros, va dibujando con visión de artista (ya en primeros planos, ya en logradas perspectivas), ante los ojos del lector aquella modesta familia donde la Providencia dispuso que naciera Miguel. Los azares y escaseces del hogar nómada, la residencia en Sevilla, la del abigarrado vivir de mercaderes, navegantes, abastecedores, poetas, pícaros, procesiones, contiendas provocadas por la heterodoxia del Dr. Constantino, el magistral catedrático, autos de fe en el campo de Tablada, representaciones de Lope de

Rueda... y todo ello desfilando con vida propia, porque en sí la tendrá siempre la ciudad presidida por la Giralda, y porque el arte evocador de Navarro resucita maravillosamente.

La vuelta a Madrid del maestro López de Hoyos, las murmuraciones cortesanas, la muerte de D.^a Isabel de Valois, la canción a la reina muerta, la marca a Italia, la vida alegre, el tercio de Moncada, la escuadra del Sr. D. Juan, el día de Lepanto, la gloria, el hospital, el adiós a Nápoles y a la libertad, el cautiverio en Argel, el desnudo de D.^a Leonor de Cortinas, los años de cautiverio, renegados y redentores, los días de Portugal, las primeras comedias, el hogar que no se caldea, malandanzas y escasa fortuna, inquietudes, sobresaltos y trabajos literarios, la cárcel de Sevilla, la gestación de *Don Quijote*, penas y quebrantos de Valladolid, vislumbres de gloria... He ahí un índice, a salto de páginas que, si pudiera dar una idea del interesante contenido de este libro amenísimo y cordial, suscitará, sin duda, el gusto por leerlo; y ello había de agradecerse a este *recordatorio*.

Años han transcurrido desde la segunda edición de *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, en 1915, en los que no era fácil su lectura por haberse totalmente agotado, y nuestras jóvenes generaciones, lectoras insaciables de tantas traducciones, de tanta novela tejida con escabrosidades psicopatológicas, de tantas biografías, no siempre dignas de aprecio, desconocían estas interesantes y muy humanas aventuras del glorioso ejemplar español, tan representativo de aquellos años, tránsito entre la acción constructiva e irradiante de los hombres del siglo XVI y la ya complicada, detallista y ostentosa del siglo XVII.

Tal cuadro de prósperas grandezas en las horas meridianas y este otro en que se anunciaba la puesta del sol hispano, ha sido trazado con valientes líneas y cálido colorido en esta biografía novelada, que hace ya cuarenta y dos años acertó a escribir uno de los más ilustres literatos de los primeros de nuestra centuria.

Porque bueno será hacer notar, aunque de pasada, que la significación de Navarro Ledesma en la historia literaria española habría podido ser trascendental, si la muerte no hubiera interrumpido su labor.

Navarro, sagaz apreciador de los valores de su tiempo y bien pertrechado para las empresas literarias de investigación y de crítica, era todo un historiador de nuestra literatura y todo un crítico, que llevaba dentro de sí los alientos de aquella juventud que formó su gusto, en gran parte, bajo la dirección de D. Marcelino y seguía paso a paso la ruta alumbrada por su glorioso maestro, del cual Bonilla San Martín, Puyol, Asín Palacios, Rodríguez Marín y Menéndez Pidal, con el propio Navarro, eran por entonces el grupo en el cual fiaba sus esperanzas el guía intelectual de todos ellos.

Potencia creadora y espíritu crítico son características que hoy podemos apreciar en la producción que Navarro nos dejó, si no definitiva (que el tiempo aun tan bien aprovechado no le dio para más) sí jugosa y digna de recuerdo. Su manual de Literatura: *Preceptiva literaria*, renovador de la retórica y poética entonces imperante; su compendio de *Historia literaria*, fresco y lozano aún, cuando hace ya casi medio siglo que se dictó; sus críticas literarias desparramadas en los periódicos; sus escaramuzas con D.^a Emilia Pardo Bazán, con *Clarín* y otros, son muestra clara de aquella su originalidad de pensamiento y destreza de palabra y de estilo. Acaso éste sorprendía en virtud de una cierta llaneza de que no gustaban los autores de crédito. A Campoamor se le censuraba, y no sin razón, su dejadez y prosaísmo, más afectado que natural; privaba lo primoroso y atildado, aun en los novelistas más espontáneos. Por suerte, la generación que en la república de las letras diríamos predecesora de la del 98, abría las esclusas del lenguaje llano y familiar, para rejuvenecer la expresión artística. Así Pérez Galdós, la gran devoción de Navarro; así la Condesa de Pardo Bazán; así, dentro de su ambiente, Pereda; pero ciertamente, sin que ello fuera recibido aún con general aplauso. Mas he aquí que la dirección de Menéndez Pelayo (el gran estilista cuyo estudio en este aspecto está aún por hacer) orientaba a sus discípulos en la lectura y regusto no sólo de nuestros clásicos y medievales, sino en la sazónada y lozana literatura popular de los primitivos y de nuestro romancero

y, con los luminosos estudios sobre el Arcipreste de Hita, Juan de la Encina y Lope de Rueda, en todo lo cual van sus seguidores a saborear aquel léxico y aficionarse a escuchar las hablas de nuestros quiñones y serranías y a penetrar en el meollo de ese vocabulario, transportándolo al lenguaje oficial, un tanto anémico por falta de aire y de sol.

Navarro Ledesma, enamorado de esta labor de injerto en el cuerpo de la lengua castellana, no sólo increpa donosamente las *lenguas de trapo* de las prenderías académicas, sin perder el debido respeto a las Academias mismas, sino que oído alerta y memoria feliz, pone en circulación un vocabulario copioso, difícil de encontrar entre sus contemporáneos. Hay que pensar en el lenguaje de cantón y de suburbio que incorporará Pío Baroja; en el arcaico aldeano y aristocrático de un Valle-Inclán; y para todo ello podría asegurarse que es el toque de Navarro como el llamamiento de trompa de caza, despertador y animador de tantos seres expresivos, que yacían adormilados por negligencia y romo olfato de los ojeadores.

Con este bagaje lingüístico, con un sentir fervoroso a la España que él amó, con ímpetus de constructor (propósitos cultivados en aquella fina amistad con Ganivet, cuyo espíritu comprendió como pocos) se puso a la tarea de edificar, o al menos de reconstruir, y con cálidos fervores aprovechó la oportunidad del referido tercer centenario, y ahí quedó ese interesante retablo de la vida española en los días tumultuosos de Miguel de Cervantes, cuanto su juventud todo podía intentarlo, y en los otros, crepusculares, cuando en melancólico declinar advertía que en los nidos de antaño no había pájaros hogaño. La feliz ocurrencia de trasmutar espíritu y alientos de la señera creación cervantina al propio ser de su creador Cervantes, ya revela una visión lúcida, una segunda vista que se ahínca en las fuentes genitoras del hidalgo sin par; pues atinadamente pensó que de haber tenido éste proyecciones en otro ser, necesariamente había de serlo en el que él engendró y alumbró con sangre de su sangre, con afanes de sus afanes, con anhelos de sus anhelos, desencantos, tristezas y amarguras propias; criatura, en fin, hija de lo más íntimo, de lo más amado del que también era aventurero e ingenioso hidalgo, respondiendo al nombre de Miguel de Cervantes Saavedra.

Libros de caballerías, ideales de justicia y de amor como razón suprema que está por cima de los hechos, y es conciencia común a estos y a las ideas; sentido humano, consenso universal y corriente, razón práctica lo refunde Cervantes en sus dos inmortales personajes: Don Quijote y Sancho, equilibrio y síntesis de la naturaleza humana. Lección suprema de la más alta pedagogía social: la compañía y trato de Don Quijote es capaz de ennoblecer y educar la rastrera razón práctica del buen Sancho. «Nótase -escribirá Navarro- con este cómo los disparates de Sancho en su grosería y las sinrazones de Don Quijote en su inaccesible sublimidad van trocándose en discurso razonable... Se entrevé aquí el vislumbre de un sistema de régimen y educación del escudero por el caballero y viceversa... Cree Cervantes en los superhombres como Don Quijote y el Licenciado Vidriera, pero, más racional y más bueno que Nietzsche, no los separa del vulgo, ni los hace despreciarle ni zaherirle, sino que los aproxima a él y con ello da un alto ejemplo de filosofía».

Poco importa que hoy pueda decirse que el *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* ha quedado sin fundamento en algunas referencias históricas que en libro se aducen. No son ellas de excesiva importancia; en cambio, sigue en todo su valor el dramatismo humano con que fue concebido y realizado.

Porque vosotros me diréis si para quien ha gustado de leer a Cervantes no gozará al pasar la vista por aquel capítulo V del *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, donde se nos pinta la Sevilla que encuentra el pequeño Miguel al término de su viaje a la ciudad del Guadalquivir, descrito en el capítulo IV. Allí en Sevilla cursa gramática al poco venturoso niño; allí conoció a aquel otro, entonces desharrapadillo, a quien la ventura había de encumbrar (Mateo Vázquez), y allí, sobre todo, contempló absorto el ambiente sevillano que se abría ante sus ojos entre grandezas y miserias.

Aludían Pemán, y no ha sido él el primero que lo ha hecho, a la influencia que Sevilla pudo tener en la formación artística y humana de Cervantes. En efecto, Navarro Ledesma intuye en la Sevilla, que con tan vivos colores nos pinta, la impresión recibida por el jovencuelo Cervantes, que corre por aquellas

calles o se detiene a gustar de las representaciones del gran Lope de Rueda, cuyo humorismo se inyecta en el alma juvenil, y desde el escenario más adecuado al viejo representante; en la propia Sevilla, donde cielo y suelo y aire hablan y regocijan el ánimo, y la muerte y la miseria son ocasión de burlas y nada hay absolutamente irreparable.

Otros cuadros nos traza Navarro que ayudan por singular manera a explicarnos la compleja formación de nuestro escritor insigne. Cuando al plácido ambiente sevillano se vio que no correspondía la facilidad de la vida, el buen padre y poco afortunado cirujano ha de volver a Madrid con sus hijos y en Madrid reanuda los estudios, cuando ya era todo un buen mozo, bajo la dirección de respetados maestros, sobre todo aquel López de Hoyos. Atrayente era para el muchacho la tarea escolar y muy unido y agradecido estaba a quien la distinguió como «su caro y amado discípulo», pero la crisis en su espíritu llegó en la ocasión que nos describe así Navarro Ledesma:

«Un día Miguel, saliendo del estudio, vio subir la Cuesta de la Vega un tropel de caballeros, bizarramente engalanados. En medio de ellos, bajo un sombrero con pocas, pero muy ricas plumas, unos ojos acerados cortaban el aire con su mirar. Miguel creyó releer en aquella mirada infinitas cosas que había leído en libros y poemas; pero ¡qué diferencia del poema escrito y enterrado o embalsamado en las páginas del libro, al poema que aquel mirar trazó en los campos de batalla! Presentáronse al azorado espíritu de Miguel, en dos pasos de terreno, las dos sendas que a la gloria conducían. Volvió la cabeza al viejo caserón del Estudio de la Villa, miró después con ojos abrasados de curiosidad a los gallardos caballeros que trotaban ya por la calle Mayor. Miguel quedó sumido en una meditación grata y penosa al par. El señor de los acerados ojos salía de Palacio, donde se había

despedido e iba camino de Flandes. Era el Duque de Alba, D. Fernando Álvarez de Toledo».

Ya Miguel se decide por la aventura y parte de España hacia el reino de Valencia, antes que terminara el año 1568. Era la primera salida a ser hombre, a probar el mundo, a buscar ventura. No le pesaba el equipaje: la espada al cinto, la ropa no muy abundante, pero acaso sí en las faltriqueras su *Amadís* y su *Diana* y entre las hojas, quizá, algunos papeles con versos y borradores. No se le olvida a Cervantes la impresión que Valencia le produjo, sino que por testimonio en el *Persiles y Sigismunda* sabemos que admiró «la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de su contorno y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades no sólo en España sino que toda Europa, y principalmente por la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua...».

Comenta así, Navarro Ledesma, la huella que en el espíritu de Cervantes dejó la gran ciudad: «fue Valencia dice- la ciudad de que Miguel conservó siempre un recuerdo exento de amargura: el lugar donde primero vio ante sus ojos la inmensa esperanza verde del Mediterráneo; la ventana por donde asomó a las mayores hermosuras del mundo; la canastilla de flores vivas en que una, y otra y otra y todas las mujeres le parecían bellas y apetecibles y, en fin, el grato asilo en cuya suavidad y dulzura gozó los primeros y más sabrosos días de libertad, tras el triste cautiverio».

«Quien haya recorrido la costa del Mediterráneo desde Valencia a Niza podrá formarse noción clara de cómo iba cargándose de alegría y de sano contento del vivir el alma de Miguel, de cómo le brincaba y le retozaba el corazón descuidado. Villareal, Castellón, Tarragona, fueron descansos para llegar a la cabeza del principado catalán».

Es imposible que haya lector que, al recorrer los capítulos consagrados por Navarro a la vida de su héroe Cervantes, no sienta movido el corazón de simpatía primero, de amor después; verá reflejado en el alma del ya joven

soldado la impresión que ejerce sobre él la ciudad de Nápoles, la dulzura de su clima, la esplendidez de su cielo, de modo que para toda la vida quedó enamorado de aquella ciudad siempre añorada.

Génova, visión de oro y de gloria; Sicilia, la de los fértiles viñedos, los floridos granados y frondosos olivares, y el ancho puerto de Mesina de donde sale la escuadra dividida en tres armas de combate. Bajo el mando de Agustín Barbárico, navegaba la galera *Marquesa* y en ella soñaba en busca de la máxima aventura el que había de ser manco en la más memorable ocasión que vieron los siglos. La brillante descripción del día de Lepanto en breves y nerviosos trazos, pocas veces se ha conseguido de manera tan completa, y son por fin tan numerosos y con tal acierto reflejados los diversos episodios en que vemos irse forjando el ánimo sereno y audaz de Cervantes, que bien puede asegurarse en ésta su biografía la reproducción viva del ambiente en que la fortuna o las desdichas pusieron a nuestro héroe.

Quizá la erudición en su frío análisis y la crítica con juicios severos, podrán en algún momento sonreír ante esta exaltada y poética creación; pero quien escribe acerca de un personaje de realidad o de ficción a quien él ama, acierta a entrar en lo hondo de las intimidades de su protagonista (que a veces para él mismo pasaron inadvertidas), pero no pueden serlo para quien va siguiente el proceso psicológico.

Viene a confirmarnos en esto la feliz manera con que Navarro Ledesma acierta a explicarse aquellas aparente preferencias de Miguel de Cervantes por su *Persiles y Sigismunda*.

«Al terminar la segunda parte del *Quijote* (escribe Navarro) y proseguir rematando, puliendo y acicalando el flamante *Persiles*, se encontró Cervantes en esa situación que a todos los grandes artistas les llega con la vejez, y de que él, por dicha suya no supo darse cuenta, como no suelen percatarse ellos casi nunca. La maestría, la facilidad y ligereza alada en el concebir y en el expresar son ya para ellos tan grandes, y la facilidad en el imaginar tan enormes, que les hace perder los estribos, olvidarse de que tanto vale lo que

se calla como lo que se dice, y mayor y más definitivo arte hay en callar que en decir. Funesta es la facilidad de algunos jóvenes chirles: más lo es aún la ligereza y soltura de estos viejos *fa presto*, para quienes no existen obstáculos ni impedimentos en el pensar ni en el decir. Cervantes había llegado a la más alta cumbre a donde escritor alguno llegó; desde ella no cabía hacer otra cosa sino descender.»

Por eso prefería Cervantes el *Persiles* al *Quijote*, no porque no tuviese, como alguien neciamente ha insinuado, conciencia absoluta del enorme e inmortal valor de su obra compuesta para *universal entretenimiento de las gentes*, según Sansón Carrasco; de su obra, cuya claridad y popularidad eran tales, que «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran... unos le toman si otros le dejan; estos le embisten si aquellos le piden»; de su obra, de la que el mismo Don Quijote decía: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia».

El amor de Cervantes al *Persiles*, su último hijo, fruto de la fecundidad de su vejez, no le quitaba conocimiento de cuánto valía el *Quijote*. En todos los lugares citados y en otros muchos del *Quijote*, reconoce Miguel y hace constar la inmortalidad y la universalidad de su libro, mientras que el *Persiles* lo elogia sólo para el Conde de Lemos, a quien probablemente gustó, en efecto, el *Persiles* más que el *Quijote*.

¿No suena esto a las alabanzas que un padre viejo hace de su benjamín, sin olvidar en el fondo de su alma, el amor al primogénito, mozo honrado y fuerte que sostiene la casa? De la inmortalidad de *Persiles* no escribió Cervantes una línea sola; de la del *Quijote* se hallaba profundamente persuadido.

He venido a hablaros a este Instituto de Francisco Ribalta, primero, por una razón cordial, que, ya sabéis, es muchas veces razón más imperativa que las dictadas por la inteligencia.

Si a estas hubiese yo atendido, nada tenía que hacer aquí, pues personas de más relieve hubieran podido ocupar este lugar. Pero la invitación partía directamente del catedrático de vuestro Instituto Eduardo Fernández Marqués, uno de mis discípulos predilectos y él me anunciaba cómo este cursillo cervantino en Castellón no ha sido algo de aislada iniciativa, sino entusiasta colaboración ciudadana cultural y patriótica, empeño de la Delegación Provincial de Educación Nacional, de la «Sociedad Castellonense de Cultura» y del propio Instituto, con el apoyo eficaz, para todo, de vuestro Gobernador D. Luis Julve.

No había más que pensar: venir a esta bella ciudad levantina, la región bien amada por Cervantes; felicitar, desde la autoridad que me dan los años, a quienes en estas nobles empresas se ocupen; dar un abrazo al «caro y amado discípulo» y aludir a vuestra primera y dignísima autoridad, a quien conocí, en días de recuerdos que duran en mí lo que la vida, cuando en plena juventud él, con otros muchos, supieron arriesgarlo todo por jugar la grande aventura de nuestra gesta caballeresca del Movimiento Nacional, eran sobrados motivos para decidirme a venir aquí.

Por lo demás el tema, ya os lo he dicho, era para mí tentador: afirmar cómo el papel de vigías en la cultura española, que al profesorado de los Institutos corresponde, se viene desempeñando por estos Claustros docentes, de tan definitiva transcendencia en la vida intelectual de nuestra Patria.

Y que ello es evidente, lo demuestra este cursillo de Castellón que hoy se clausura.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo